

Entrevista con André Comte-Sponville

Carlos Alfieri

El francés André Comte-Sponville pertenece al reducido mundo de los filósofos cuya obra ha conocido la gloria equívoca de la popularidad. Nacido en París en 1952, estudió en la École Normale Supérieure y en la Sorbona, en donde tuvo como maestros a Louis Althusser y Jacques Derrida. Desatento a las modas, visitante perpetuo de los grandes filósofos de la Antigüedad, Comte-Sponville no oculta su desdén por la filosofía entendida como disciplina profesional y se empeña en resaltar su condición de herramienta para la vida. Igualmente nítidas son la suspicacia que le inspiran los grandes sistemas cerrados y su preferencia por pensadores sistemáticos como Montaigne y Pascal. Tanto la limpidez de su expresión como su vigoroso estilo comunicativo han posibilitado que sus libros —la mayor parte de los cuales han sido traducidos al castellano— conquistaran a amplios sectores de público. Así, su *Pequeño tratado de las grandes virtudes* (publicado en España por Espasa Calpe, 1996) se convirtió en un imprevisible *best-seller* en su país y fue traducido a una quincena de lenguas. Vasta resonancia lograron también otros libros suyos, como *La sabiduría de los modernos: diez preguntas para nuestro tiempo* (Ediciones Península, 1999), *La felicidad, desesperadamente* (Ediciones Paidós, 2001), *El amor la soledad* (Paidós, 2001) e *Invitación a la filosofía* (Paidós, 2002). La siguiente entrevista fue realizada durante su reciente visita a Madrid.

—Usted ha definido la filosofía como «una práctica discursiva cuyo objeto es la vida, cuyo medio es la razón y cuyo fin es la felicidad». El positivismo lógico o la filosofía analítica parecen tener difícil acomodo en esta definición. ¿No los considera dignos de estar encuadrados en ella?

—Es bastante más complicado que eso. Diré que toda definición de la filosofía implica, evidentemente, una cierta filosofía. Y desde mi punto de vista el positivismo lógico o la filosofía analítica no son filosofías completas. ¿Por qué? Son filosofías, al menos parcialmente, porque tienen la vida por objeto y la razón por medio, pero no está claro que tengan la felicidad

por fin. Dicho de otro modo: muchos positivistas lógicos o filósofos analíticos parecen haber renunciado a lo que ha sido la vocación de la filosofía, inscrita en su mismo nombre de origen griego, que como es sabido significa «amor a la sabiduría», la búsqueda del saber para procurarnos una vida más lúcida, más libre, más feliz. Al amputarse una parte tan importante, estas filosofías resultan incompletas.

—*Una constante de su pensamiento es la oposición entre la sofisticación de la filosofía y lo que llama «la pura sencillez del mundo». Lo real es sencillo en el sentido de que simplemente existe, es lo que está ahí. Pero la sensación de sencillez que da la rotundidad de la presencia enseguida se diluye y deja paso a la perplejidad: ¿Y por qué eso es sencillo? ¿Es verdaderamente sencillo? ¿Por qué está en vez de no estar? Entonces ¿no se trata de una sencillez tramposa?*

—Tiene razón. Cuando pensamos en lo real nos enfrentamos con algo complicado y misterioso. Pero el problema de pensar en lo real es que justamente el instrumento que empleamos, el pensamiento, es ya complicado. Por eso vivimos en la complejidad, por eso hacemos filosofía, y la filosofía es casi por definición, diría yo, complicada, es una disciplina intelectual ardua, abstracta. Pero por el contrario, la sabiduría está del lado de la simplicidad. La diferencia que hay, en el fondo, entre la filosofía y la sabiduría radica en que la primera es una cierta cualidad del discurso, mientras que la segunda es una cierta cualidad del silencio. La paradoja de la filosofía consiste en poner el discurso al servicio del silencio. No se trata de hablar por hablar, lo que en francés sería *bavarder*, exactamente, sino de hablar para vivir. Se puede decir que la filosofía está al servicio de la vida, y que pone las ideas, la razón, la complejidad del pensamiento al servicio de una vida que se quiere efectivamente simple. Creo que la experiencia humana nos enseña que los momentos de sabiduría, los momentos de paz, los momentos de felicidad son momentos de simplicidad. Pero añadiría que la simplicidad no es fácil, es siempre difícil, y la filosofía es la herramienta que permite afrontar estas dificultades. Se trata de aproximarnos a la sencillez de la existencia atravesando la complejidad del pensamiento.

—*Dicen sus libros: «El mundo es sencillo porque es la única respuesta a las preguntas que no se plantea». ¿Para qué agrega esta afirmación, que no es sencilla?*

—En el pasaje que usted alude está implícita una pregunta ineludible que encarna el principal enigma metafísico: ¿Por qué hay algo en vez de nada?

Pero ciertamente no es el mundo quien se la plantea, somos nosotros. Cuando digo «el mundo es la única respuesta a las preguntas que no se plantea» me refiero a eso que llamamos «el silencio del mundo». Al regresar a Alemania desde Italia, Hegel se encontró ante la inmensidad de los Alpes; entonces su genio especulativo sólo atinó a exclamar: «¡Es así!». No había nada que interpretar. Una actitud de sencillez ante el silencio del mundo, que no responde a la gran pregunta metafísica, sólo puede balbucear: «Es así». Y es que no hay respuesta ante el misterio de la existencia, no podemos saber por qué hay ser, sólo podemos constatar que está allí. Esto me recuerda la fórmula de Woody Allen: «La respuesta es sí, pero ¿cuál es la pregunta?»

—*¿Qué propone ante lo real? ¿El éxtasis en vez de hacer preguntas?*

—Yo no propongo nada. Me contento con observar y reflexionar. Y lo que observo es que mis momentos de alegría son momentos de simplicidad, no forzosamente momentos de éxtasis. El éxtasis está siempre en relación con otra cosa, en última instancia con Dios, y como usted sabe yo no creo en Dios, no creo en otra cosa que en el mundo, y el éxtasis es salir del mundo, algo que no he experimentado. Lo que he experimentado no es la salida de mí mismo y del mundo sino lo contrario, el éntasis, la fusión con el mundo, la re-unión con él. Pero no se trata de algo que propongo como un programa de humanidades; es una experiencia personal. Cuando no se espera otra cosa más que lo que es aprendemos a amar, a conocer, a aceptar y a transformar el mundo. Estoy con una filosofía de lo real y de la acción, de la unidad con lo que es y no de salida del mundo.

—*Hay en sus reflexiones un permanente juego de enfrentamientos entre la filosofía y la vida. ¿Para qué escribe filosofía en lugar de dedicarse simplemente a vivir?*

—Ocurre que no estoy tan dotado para la vida como para vivirla sin filosofar. Precisamente porque creo que el fin de la filosofía es la felicidad, tanto más necesidad tengo de filosofar cuanto mejor quiero vivir. Sé que hay mucha gente que se levanta cada mañana llena de alegría y que no tiene ninguna necesidad de entregarse a la complejidad de las reflexiones filosóficas para vivir. Mi primera reacción cuando me despierto, por el contrario, no es de alegría, sino más bien de fatiga, de angustia. Por lo tanto, si quiero aprender a amar la vida, tengo que reflexionar.

—¿La esperanza sólo es posible a condición de que devalúe su objeto?

—Más que a la devaluación de su objeto, la esperanza nos sitúa frente a su pérdida, ante la posibilidad de no alcanzar lo que esperamos. Si ser feliz es no sentir ninguna pérdida, la verdadera felicidad no espera nada, no necesita de la esperanza, es ese estado que está completo en sí mismo.

—¿Sólo es feliz quien no espera serlo? ¿Sólo es sabio quien no espera serlo? ¿La desesperanza es entonces sinónimo de la sabiduría?

—Sólo aquel que no espera nada tiene verdaderamente todo. Dice el «Sankhya-Sutra»: «Sólo es feliz quien ha perdido toda esperanza; porque la esperanza es la mayor tortura que existe, y la desesperanza la mayor dicha». La desesperanza no es la tristeza, no es la desdicha, sólo es el efecto de no esperar nada. A esto llamo yo la alegre desesperanza. Y esta es una verdad que vemos confirmada en la experiencia de la vida: los momentos de felicidad son aquellos en los que nos sentimos completos, en los que no esperamos otra cosa más que lo que es.

—Ha escrito en sus libros: «Muchos no han inventado su filosofía más que para protegerse. Un sistema es un vestido que protege y enmascara». ¿De qué cree que se protegía Hegel? Y en todo caso, ¿no admira la prodigiosa arquitectura intelectual de su máscara?

—Yo admiro a Hegel. Es, evidentemente, uno de los más grandes filósofos de todos los tiempos. Y, a la vez, no me aparto de la idea de que su sistema completo, cerrado, en el que todo está explicado, es una especie de protección. No sé de qué se protegía Hegel; desentrañarlo sería tarea de un psicoanalista, y ese no es mi oficio. Pero puedo pensar que como todo filósofo se protegía de la fragilidad de su propia existencia, de la soledad, de la contingencia, del sufrimiento. Y yo no amo demasiado a los filósofos que se protegen así; amo a los que filosofan más cerca de su propia vida, a los que en vez de compensar su fragilidad personal con un sistema monumental tratan de avanzar por el pequeño camino de todo el mundo: Montaigne, Pascal, Nietzsche... No se trata de autores de sistemas sino de pensadores que filosofan en primera persona. Por otra parte, los grandes sistemas, los de un Kant, un Descartes, un Hegel, un Spinoza, se contradicen mutuamente: nos vemos obligados a elegir entre ellos. En cambio está claro que lo que dice Montaigne no pretende ser la verdad absoluta, es sólo la verdad de Montaigne. Los que han filosofado sobre su propia existencia siempre tienen razón.